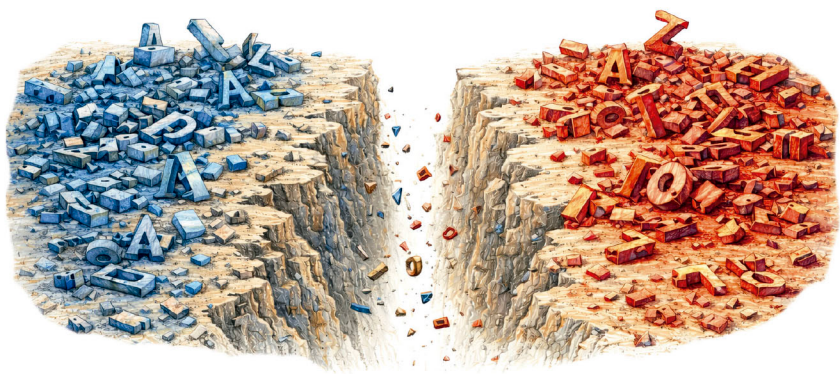


# EDURNE URIARTE

*El control del lenguaje es la forma más eficaz de poder. Cuando ciertas palabras se vuelven incuestionables, el debate deja de ser libre.*

# LA BATALLA DE LAS PALABRAS PARA UNA NUEVA DERECHA



QUIEN DOMINA LAS PALABRAS  
DOMINA LAS IDEAS

SEKOTIA

EDURNE URIARTE

*La batalla de las  
palabras para una  
nueva derecha*

*Quien domina las palabras  
domina las ideas*

SEKOTIA

## SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© EDURNE URIARTE, 2026

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2026

Primera edición: 2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

EDITOR: Humberto Pérez-Tomé Román

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: Helena Montané

[info@almazaralibros.com](mailto:info@almazaralibros.com)

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

IMPRIME: Gráficas La Paz

ISBN: 979-13-87812-68-3

Depósito legal: CO-416-2026

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

# ÍNDICE

|                           |     |
|---------------------------|-----|
| PRÓLOGO .....             | 11  |
| A                         |     |
| Acción .....              | 15  |
| B                         |     |
| Banderas.....             | 25  |
| Batalla de las ideas..... | 33  |
| C                         |     |
| Capitalismo .....         | 47  |
| Comunismo.....            | 55  |
| D                         |     |
| Democracia.....           | 69  |
| Derecha .....             | 79  |
| Dictadura .....           | 85  |
| E                         |     |
| Extremismo .....          | 93  |
| F                         |     |
| Fascismo.....             | 105 |
| Feminismo .....           | 119 |
| G                         |     |
| Golpistas .....           | 135 |

|                        |     |
|------------------------|-----|
| H                      |     |
| Halcones.....          | 143 |
| Historia .....         | 151 |
| I                      |     |
| Igualdad .....         | 159 |
| J                      |     |
| Jóvenes.....           | 165 |
| K                      |     |
| Kirchner.....          | 171 |
| L                      |     |
| Liberalismo.....       | 183 |
| M                      |     |
| Meritocracia .....     | 191 |
| N                      |     |
| Nacionalismo .....     | 197 |
| Ñ                      |     |
| España .....           | 207 |
| O                      |     |
| Odio.....              | 215 |
| P                      |     |
| Patriotismo .....      | 223 |
| Q                      |     |
| Quimera.....           | 231 |
| R                      |     |
| Reaccionarios .....    | 237 |
| S                      |     |
| Sesgo .....            | 245 |
| T                      |     |
| Trump y Thatcher ..... | 257 |

|                     |     |
|---------------------|-----|
| U                   |     |
| Ultras.....         | 269 |
| V                   |     |
| Verdad .....        | 283 |
| W                   |     |
| <i>Woke</i> .....   | 293 |
| X                   |     |
| Redes sociales..... | 301 |
| Xenofobia.....      | 309 |
| Y                   |     |
| ETA.....            | 317 |
| Z                   |     |
| Zapatero .....      | 329 |

## PRÓLOGO

### EL PODER DE LAS PALABRAS EN LA BATALLA DE LAS IDEAS

Queridos lectores, ciudadanos libres, críticos y plurales, seguramente están cansados de que les llamen fachas cada vez que cuestionan ideas y propuestas del progresismo; hartos de que califiquen de ultras sus argumentos o sus propuestas; aburridos de que los tilden de reaccionarios opuestos a los avances de la humanidad, mientras los comparan con los modernos y transformadores izquierdistas que contribuyen al progreso del planeta. Probablemente están también asombrados de que todo eso se lo llamen socialistas y comunistas que siguen justificando a dictadores o llamando progreso a los resultados de los sistemas socialistas. Y aún más de que lo hagan nacionalistas que creen en la raza o en la etnia como base de la organización política.

Ustedes están también cansados de que todos esos adjetivos provengan de una buena parte de los medios de comunicación, de los círculos culturales y artísticos y de las propias universidades. Porque ustedes constituyen una buena parte de los votantes de cualquier democracia, pero los tratan como si fueran una

equivocada y radical minoría que se opone al avance de su país y del mundo. Y se preguntan cómo es esto posible. Por qué los mensajes de la izquierda y su concepto del mundo dominan de tal manera los espacios del debate político, intelectual y social.

La respuesta está en el poder de las palabras, en el control del lenguaje, a través del dominio de la mayor parte de las universidades, medios de comunicación y círculos culturales y artísticos, que son quienes han popularizado ese lenguaje. Tanto es así que la propia palabra progresismo ha sido aceptada por una significativa parte de la derecha con el mismo significado positivo y propagandístico que le otorga la izquierda; y, en lugar de cuestionarla, la usa en ese mismo sentido otorgado por la izquierda. De ahí que muchos analistas y pensadores críticos caigan una y otra vez en la trampa de argumentar que esto o lo otro «no es en realidad progresista» y que «lo progresista» es esto otro, porque lo progresista sería algo deseable y defendible. Porque una buena parte de la derecha es incapaz de sustraerse al dominio de palabras impuesto por la izquierda.

Y es que los medios de comunicación, el mundo cultural y las universidades están dominados por la izquierda. Por sus palabras, su discurso, sus argumentos. Comenzando por la propia palabra con la que la izquierda define su ideología, progresismo, y se define a sí misma: progresista. Unas palabras positivas, bellas, atractivas, que nos remiten a la idea de personas, partidos y movimientos favorables al progreso, al cambio y a la modernización. Lo extraordinario es que socialistas, comunistas y nacionalistas radicales, y en muchos casos racistas, han conseguido éxito en la extensión y consolidación de este concepto, en España y en todas las democracias occidentales. Han conseguido popularizar la idea de que el socialismo y el comunismo significan progreso. Aún más, la izquierda ha logrado popularizar la idea de que la derecha es igual a reacción, extremismo, y oposición al cambio y a la modernización.

Y es ahí donde se sitúa este libro. En la necesidad de una

lectura crítica de las palabras definidas y dominadas por la izquierda. En el cuestionamiento de esos mensajes y del significado dado por la izquierda a las palabras que dominan la batalla de las ideas. En el debate necesario para que una nueva derecha se vuelque en esa batalla de las ideas que siempre dominó la izquierda.

Porque el cambio en ese abrumador dominio de la izquierda debe comenzar por las palabras, por el significado de las palabras, por la utilización de las palabras. Por eso este libro es un diccionario crítico, un diccionario que desmonta la manipulación izquierdista de las palabras y propone un debate de ideas basado en una lectura alternativa del lenguaje político. Porque las ideas y los valores se construyen y transmiten a través de las palabras, y las ideas y los valores moldean el mundo. Y por eso la batalla cultural empieza con las palabras.

# A

## ACCIÓN

### La izquierda que llama inmovilista a la derecha

#### *Son ustedes unos inmovilistas*

Si usted no es de izquierdas, el progresismo le dirá que es usted un inmovilista, alguien opuesto a la acción y al cambio. Es decir, un tipo sentado en un sofá, que se limita a observar el mundo, pero se niega a mover un dedo para cambiarlo. Y dada la cantidad de cosas que funcionan mal en nuestras sociedades, las injusticias que las asolan, por no hablar de las desigualdades o de la opresión, hágase una idea de lo rechazable que resulta usted, señor o señora de derechas, con su pertinaz inmovilismo.

Porque, dice la ideología progresista, la izquierda es acción, movilización y protesta, mientras que la derecha es inmovilismo, aceptación y pasividad. La izquierda es dinámica y la derecha es inmovilista, dice la izquierda de sí misma. Lo que transmite, a su vez, el mensaje de que el cambio es de izquierdas, es decir, el progreso y la transformación pertenecen a la izquierda. Acción y cambio frente a inmovilismo y *statu quo*.

Se trata de una de las falsificaciones ideológicas que con más éxito ha logrado imponer el progresismo.

Por lo que usted, querido lector, es un inmovilista, y la izquierda es transformadora, a través de la acción y de una mente abierta a una nueva sociedad. Porque usted no se mueve, es alguien con miedo a lo nuevo. Usted prefiere lo viejo, o, en otras palabras, es usted un viejo, si no de cuerpo, sí de actitud mental. Así, se reúnen en la izquierda la acción, el cambio, lo nuevo y la transformación, mientras que se dejan a la derecha el inmovilismo, la conservación, lo viejo y lo inalterable. En definitiva, que usted se habría quedado en el siglo XIX, o, si hace falta, en el X, porque, como nulamente progresista que es, quiere quedarse en lo viejo, cueste lo que cueste.

La propaganda llega, como siempre, hasta el delirio. Una periodista llamada Noelia Ramírez llegó a publicar en *El País* que el beis es un color de derechas, un color neoconservador que comunica inmovilismo y repliegue de derechos. El artículo, publicado en julio de 2025, se titulaba «La resistencia a la vida beis», y comenzaba con un «Me inquieta la invasión de la vida beis», a lo que seguían reflexiones como la siguiente: «Detrás de esta recesión de color —y de alegría simbólica— hay mucha intención política. Su omnipresencia confirma que hemos tirado la toalla en nuestra capacidad colectiva de transformación. El beis es el símbolo de la negación del progreso. El color del alma neoconservadora. La semántica visual del inmovilismo y el repliegue de derechos.».

Y no, no había ninguna ironía, el artículo estaba escrito con intencionalidad totalmente seria. Esta periodista piensa realmente que el beis es un color neoconservador y, por tanto, dice, inmovilista. No tiene idea alguna del significado de la palabra neoconservador, que quiere decir, entre otras cosas, creencia en la movilización por la democracia y la libertad en el mundo, eje fundamental del neoconservadurismo frente al conservadurismo clásico, pero en eso Noelia Ramírez no es especial.

Y es que este artículo no es un caso aislado de ignorancia y estupidez, porque la ignorancia sobre el neoconservadurismo es generalizada en la izquierda; y la estupidez de vincular el inmovilismo hasta con los colores, también.

El progresismo puede llegar a ser tan arrogante en su sectarismo que incluso ha llegado a publicar supuestos estudios para fundamentar diferencias entre las mentes de derechas y las de izquierdas. Los mismos que te acusan de racista si se te ocurre prestar alguna atención, por ejemplo, a las comparaciones de coeficientes intelectuales entre grupos étnicos, se entusiasman buscando diferencias biológicas entre lo que llaman mentes conservadoras y mentes progresistas. Siempre que sea para fortalecer la idea progresista preconcebida de que los progresistas aman el cambio y los conservadores se empeñan en mantener el *statu quo*; a la manera en que hacen los estudios sobre las diferencias biológicas de género, maravillosas y convenientes cuando fundamentan supuestas superioridades de las mujeres, y totalmente rechazables y machistas cuando atribuyen alguna superioridad a los varones.

Unos politólogos americanos, John Hibbing, Hevin Smith y John Alford, han llegado a publicar un estudio sobre lo que llaman «la biología de las diferencias políticas entre conservadores y liberales»<sup>1</sup>. Háganse una idea de la que se armaría ante una publicación, por ejemplo, sobre la biología de las diferencias políticas entre blancos y negros, o de hombres y mujeres, o de pobres y ricos. Pero este tipo de biologías les encantan a los progresistas, incluso más a los americanos, entre otras cosas, porque los conceptos políticos del sistema político estadounidense, algo diferentes a los europeos, favorecen las estupideces biológicas. En Estados Unidos, a los votantes de derechas se les califica como *conservatives*, conservadores, y a los de izquierdas

---

1 Hibbing, J. R., Smith, K. B., Alford, J. R. (2024) *Predisposed, the left, the right, and the biology of political differences*, Taylor and Francis.

como *liberals*, liberales, algo que tan solo se hace parcialmente en Europa, donde la derecha es una conjunción de conservadores, liberales y demócrata-cristianos, y la izquierda es una mezcla de socialistas y comunistas. En otras palabras, la propia terminología anglosajona favorece la manipulación académica.

Estos politólogos, que no biólogos, afirman que los conservadores desean seguridad, predicción y autoridad, mientras que los liberales se sienten más a gusto con la novedad, el matiz y la complejidad, y que tales diferencias están determinadas por diferencias en los cerebros. En otras palabras, que usted, querido lector, no solo es un inmovilista, sino que es también un simple, una mente incapaz de entender los matices y la complejidad. Incapaz para entender los problemas complejos, usted, mente conservadora, opta por las respuestas simples y simplistas.

Pero no se crean que imbecilidades como las anteriores son excepciones. Lo impresionante es constatar la cantidad de estudios progresistas que pretender fundamentar diferencias biológicas entre mentes de izquierdas y de derechas. Hace no mucho tiempo, el diario *El País* publicaba una entrevista con Clara Petrus, profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, neurocientífica y directora del Social Brain Lab. El motivo era que esta representante del progresismo académico ha tenido la muy progresista idea de estudiar «la materia gris de los votantes de Vox, para entender por qué difunden mentiras en temas importantes para ellos, como la inmigración». Con esas palabras lo expresó Javier Salas, el autor de la entrevista, que tituló en noviembre de 2024 «Hay agentes del mal que sacan rédito de generar nerviosismo», y sin ninguna conciencia de las barbaridades biológicas introducidas en la presentación y, por supuesto, en las investigaciones de la neurocientífica, orientadas a intentar probar lo confundidas y malvadas que son las mentes de derechas. ¿Desinformación? ¿Bulos? La conclusión de la entrevista era que lo anterior es cosa de las mentes de

derechas, y que tal afirmación ha sido fundamentada por toda una neurocientífica. Así es el nivel del progresismo académico, por muy brutal que parezca.

Me pregunto cómo estarán fundamentando politólogos de ese nivel la movilización por el cambio que protagonizaron esas obtusas mentes conservadoras para votar a Trump en las elecciones de 2024. Imagino que atribuyendo todo ello a los bulos, y cambiando la teoría biológica del inmovilismo por otra que sostenga la idea de que los cambios de los conservadores suelen ser, en realidad, reaccionarios. O que eso no es un cambio, sino una reacción contra el cambio, con el objetivo de volver atrás. ¿Atrás? ¿A qué época? ¿Dónde? Es curioso en este punto que el progresismo se distingue por no haber condenado jamás las dictaduras comunistas. Y no solo eso, sino que una buena parte del progresismo, la de la extrema izquierda, siente añoranza por las viejas dictaduras comunistas. Y, sin embargo, a esa mayoría académica y mediática no se le pasa por la cabeza que el cambio demandado por el progresismo sea en realidad una reacción y un deseo de vuelta al pasado. Y es que la palabra reaccionario, como la de facha, está reservada para usted, señor o señora que se empeña en cuestionar el progresismo.

*Y como se muevan, son ustedes unos reaccionarios*

El cambio en Estados Unidos con la victoria de Trump es un ejemplo entre otros muchos de cómo cualquier cambio protagonizado por la derecha deja de ser cambio en el dominante lenguaje progresista y pasa a ser considerado reacción. Y esto se aplica a cualquier cambio de Gobierno protagonizado por un partido o líder de derechas, sea de una derecha populista o de una derecha tradicional. Pero me referiré al interesante y significativo caso Trump más adelante. Porque tenemos en España un ejemplo mucho más útil y cercano para explicar y

comprender la brutal manipulación progresista sobre el inmovilismo, y es el relativo a la movilización antiterrorista en el País Vasco.

En 2017 publiqué un libro sobre los contenidos ideológicos de la derecha<sup>2</sup> que precisamente comencé con un capítulo sobre el cambio, para poner en evidencia que el cambio es a veces de izquierdas y a veces de derechas. El problema del progresismo es que está obsesionado por negar que pueda existir un cambio liderado por la derecha. Tanto es así que, cuando fue la derecha la que lideró la movilización contra el terrorismo etarra, una izquierda sumida en el desconcierto se enredó entre la descalificación y la negación de esa realidad.

En aquel libro expliqué que mi evolución desde la izquierda a la derecha se había debido en buena medida a mi experiencia como vasca en los años del terrorismo etarra. A la vivencia de una izquierda acomplejada y confusa debido a los orígenes de ETA en el antifranquismo y a su ideología no solo nacionalista, sino también de extrema izquierda. Es bien conocido ya que durante muchos años la persecución de ETA tuvo lugar con el silencio y la incapacidad de reacción de la sociedad. Por miedo, por un lado, como en todos los casos de campañas de terror contra la sociedad, pero también por confusión ideológica. Y no me refiero al nacionalismo no violento, que más que confusión tuvo un silencio cómplice, sino que me refiero a la izquierda, y en particular, al socialismo. Porque la extrema izquierda no nacionalista justificaba o blanqueaba a ETA, pero el socialismo tuvo grandes dudas en sus posiciones, y, ciertamente, incapacidad para liderar el movimiento de resistencia contra ETA.

El verdadero liderazgo de esa resistencia, de la movilización social, intelectual y política contra ETA, estuvo en la derecha.

---

2 Uriarte, Eudurne (2017), *Diez razones para ser de derechas. Y atreverse a decirlo*, Almuzara.

Tanto en los gobiernos del PP, con José María Aznar al frente, como en el activismo detrás de movimientos sociales esenciales como fueron el Foro de Ermua y Basta Ya. Fui fundadora del primero de ellos y activista también en el segundo. Aquellos movimientos representaron una revolución social contra el terrorismo, una denuncia de sus crímenes que provocó que quienes nos significamos pasáramos a ser objetivos de la banda terrorista.

Hubo también socialistas en aquellos movimientos, la mayoría críticos, que, en muchos casos, también evolucionaron hacia posiciones de derechas, en buena medida, estoy segura, por los mismos motivos que explican mi evolución; por la asistencia a aquella confusión e incapacidad para el liderazgo antiterrorista de la izquierda, por aquello de que ETA había sido considerada antifranquista y, además, defendía posiciones de extrema izquierda, de la extrema izquierda violenta en este caso.

¿Pero qué dijo el progresismo de esos movimientos sociales contra ETA y por el cambio? Intentó ignorarlos cuando pudo, por ejemplo, en la universidad, entre el progresismo académico. Y eso tiene un punto cómico, si no fuera por la historia trágica que hay detrás, porque ese progresismo siempre tan entusiasta con la historia de los movimientos sociales, se ha negado a incluir a los movimientos sociales antiterroristas en sus estudios sobre esa cuestión. Es decir, que toda movilización social ecologista, o pacifista, feminista, o cualquier otra causa que el progresismo considere suya, es un movimiento social. Pero si la movilización social es contra un grupo terrorista y en defensa de la libertad, he aquí que pasa a ser ignorada y negada. Y es lo que ha ocurrido con el movimiento social antiterrorista, o, con la acción por el cambio liderado por la derecha.

Era más difícil llamar reaccionarios a esos movimientos sociales que osaron enfrentarse a ETA, aunque también lo hizo una parte de la izquierda. Pero el progresismo encontró por fin su excusa para hacer abiertamente lo que estaba deseando

desde años atrás, que era cuestionar la movilización social antiterrorista. Y lo hizo plenamente cuando el movimiento antietarra criticó las negociaciones de Zapatero con ETA. En España, como en algunos otros lugares, los asesinos consiguieron algunas contrapartidas de los líderes políticos, de algunos líderes políticos como Zapatero. Los acuerdos no llegaron al nivel tan escandaloso como los del Gobierno colombiano con los terroristas de las FARC en Cuba, pero la filosofía fue la misma: negociamos con los criminales, les ofrecemos beneficios y lo llamamos paz, y a quienes se opongan los llamamos inmovilistas, reaccionarios y contrarios a la paz.

Entre los más destacados defensores de la negociación con ETA estaba Ignacio Sánchez-Cuenca, luego convertido en admirador y propagandista de Pedro Sánchez. Dedicó muchas columnas y parte de algún libro a cargar contra los intelectuales movilizados contra el terrorismo, con argumentaciones delirantes que intentaban disfrazar la base de sus opiniones, que era, ante todo, la intolerancia a la derecha, y más aún a la derecha que lideraba la lucha antiterrorista. En uno de sus escritos<sup>3</sup> Sánchez-Cámara nos acusó a los activistas contra el terrorismo de tener un problema de «rigidez ideológica», y de «moralizar el terrorismo», es decir, de «plantear el conflicto como un enfrentamiento entre absolutos, como un combate entre el bien y el mal». Es decir, que la resistencia al franquismo, o al nazismo, debió de ser, según Sánchez-Cuenca, una cosa de rigidez ideológica y de moralización de la dictadura. Porque, y sigo con los argumentos del politólogo, mira que hay que ser rígido para plantear la resistencia a una dictadura como un enfrentamiento entre el bien y el mal.

Pero no, eso no vale para la resistencia antifranquista o la antinazi, nos dirá el politólogo en cuestión. En esos casos sí que

---

3 Sánchez-Cuenca, Ignacio (2018), *La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política*, Catarata.

vuelve a existir una clara diferencia entre el bien y el mal, no como con ETA; y aquí está su problema y el del progresismo, que el de ETA es un terrorismo de extrema izquierda y nacionalista, y eso les confunde mucho. De ahí que ellos no sean tan «rígidos» a la hora de combatir a ETA y rechazar acuerdos con los asesinos. Los rígidos somos los demás, por tener tan clara la diferencia entre el bien y el mal, cuando de terrorismo, no solo de dictadura, se trata.

Y la filosofía progresista anterior vale para todo, tanto para terrorismo de extrema izquierda como el de ETA, como para la Rusia que invadió Ucrania. El mismo admirador de Pedro Sánchez, Ignacio Sánchez-Cuenca, ha llegado a escribir que la mayor amenaza para la Unión Europea no es la invasión de Ucrania por Rusia, sino lo que él llamó en un artículo en *El País* en abril de 2025 «la amenaza interna de la involución reaccionaria»: «A mi juicio, la mayor amenaza para la supervivencia de la UE no procede de Rusia, sino de la falta de reacción de las élites políticas europeas para frenar el ascenso de las nuevas derechas (...) la amenaza interna de la involución reaccionaria». Pretendía justificar la posición de la izquierda española contra el rearme, para defender que no es necesario ni prioritario el rearme de Europa. En este contexto, este defensor de los acuerdos con ETA, también piensa que la invasión rusa de Ucrania no es para tanto, porque la amenaza real a nuestras democracias es la que suponen partidos democráticos que no han usado la violencia, pero que a él y al progresismo le parecen peligrosos porque cuestionan sus ideas y objetivos.

Pero hay momentos en que la negación y descalificación de la movilización y acción de derechas alcanzan cumbres especialmente nauseabundas. Ocurrió tras el asesinato de Charlie Kirk en Estados Unidos el 10 de septiembre de 2025. Charlie Kirk fue el líder de uno de los mayores movimientos sociales de Estados Unidos a través de Turning Point, que logró movilizar a cientos de miles de estudiantes a favor de las ideas de la

derecha. Y cuando fue asesinado mientras defendía la libertad en el campus de la Universidad de Utah, los medios de la izquierda española titularon que había sido asesinado un «ultra». El diario *El País* utilizó el término descalificador en los tres titulares sobre el asesinato en su edición del 12 de septiembre de 2025. «El asesinato del activista ultraconservador», comenzaba su crónica de portada el periodista Iker Seisdedos. «El asesinato del activista ultra», comenzaba el titular de la página dos. Y con la misma descalificación empezaba también la segunda noticia de la página dos.

Algunos medios de la izquierda española, como la Cadena Ser, incluyeron también bulos sobre Charlie Kirk de la mano de colaboradores como Ignasi Guardans, y, por supuesto, varias descalificaciones con el apelativo de «ultra» y varias más con el de «fascista». En otras palabras, que el líder de una de las mayores movilizaciones sociales de la derecha fue descalificado por la izquierda como reaccionario, como ultra y como fascista. Porque la única acción y revolución posible debe ser de izquierdas, según el relato progresista. Y esto ocurre, incluso cuando el líder de la movilización que ellos detestan es cruelmente asesinado.

Es así, con este tipo de argumentos, como, lectores críticos del progresismo, son ustedes unos inmovilistas, unos reaccionarios, unos ultras y unos fascistas, hagan lo que hagan, porque el progresismo decretó hace mucho tiempo que toda movilización, toda protesta y todo cambio eran propiedad de la izquierda. ¿Y la realidad? La realidad se adapta como convenga en cada caso al vocabulario y conceptos progresistas.

# B

## BANDERAS

Esa banderita que usted lleva

### *El ataque permanente a la bandera nacional*

En las elecciones municipales de 2023 formé parte de la lista del PP en Durango, siguiendo una tradición democrática del Partido Popular como es la de contribuir a las listas municipales del País Vasco, donde durante muchos años fue muy difícil completarlas debido a la amenaza de ETA. Durango es un bello municipio vizcaíno en las faldas del monte Anboto, con un ayuntamiento gobernado por el Partido Nacionalista Vasco, que comparte una grave y permanente ilegalidad con otros muchos municipios del País Vasco y de Cataluña, y es que incumple flagrantemente la ley de banderas. Algunos ayuntamientos simplemente hacen desaparecer las banderas de los mástiles donde deberían estar colocadas, para así eliminar la bandera nacional, y colocar la ikurriña en un lugar cercano, pero fuera del ayuntamiento. En otros casos, como el de Durango, lo que hacen es colocarlos escondidos en un lateral,

enrollados y ocultos sus colores, para que nadie pueda distinguir la bandera nacional.

Así expresan los partidos nacionalistas el desprecio absoluto por la legalidad, por las instituciones, por la nación española y por el pluralismo de sus ciudadanos. Niegan la realidad de una sociedad donde la inmensa mayoría se siente vasca y española, y tiene pero no goza del derecho democrático a ser representado por sus dos banderas oficiales, la de España y la de la Comunidad Autónoma. Según el artículo 4 de la Constitución, la bandera de España estará en los edificios públicos junto a la bandera autonómica, pero a los nacionalistas les da igual, y lo que es muy relevante, también le da igual al progresismo, que desprecia la bandera nacional mientras sí defiende las banderas autonómicas.

¿Imagina usted, querido lector, a un dirigente de un partido democrático que esconda y desprecie la ikurriña o la senyera? Por supuesto que no, aunque lo que sí imagina con mucha facilidad es el escándalo que se organizaría en España si eso ocurriera, si un dirigente democrático escondiera alguna de esas banderas. Y con razón, porque sería un acto antidemocrático, porque las banderas no son un trapo, como pretenden algunos, sino símbolos de las instituciones y de la misma nación o, en los Estados descentralizados como el español, de las Comunidades Autónomas. Y, sin embargo, ese escándalo democrático está ocurriendo desde hace muchos años con la bandera nacional.

La ilegalidad es la normalidad. En Cataluña, la asociación Impulso Ciudadano lo ha contabilizado, y ha comprobado que tan solo 132 de los 947 municipios catalanes cumplen la ley. En el País Vasco no se ha contabilizado, pero un simple recorrido por sus pueblos muestra que el porcentaje es igualmente enorme. Y con el silencio casi generalizado, porque el nacionalismo impone y el progresismo asiente. De ahí que hasta constituya un hecho llamativo que alguien se atreva a denunciar la ilegalidad, como lo hizo un joven concejal del PP del

municipio vizcaíno de Erandio, Iker Iribarren, en febrero de 2025. Iribarren exigió a la alcaldesa del PNV, Aitziber Olibán, el cumplimiento de la ley de banderas, con la colocación de la bandera nacional donde corresponde, en el balcón del ayuntamiento, y no escondida en un jardín trasero, detrás de una gran ikurriña, que es como está en ese municipio vizcaíno. La alcaldesa peneuvista respondió que no pensaba cumplir la ley de banderas, porque el PNV es independentista y la bandera nacional no les representa. Y no, no pasa nada, porque el progresismo dominante asiente y consiente.

Según el artículo noveno de la ley de banderas, las autoridades corregirán en el acto las infracciones a esta ley. Pero los nacionalistas se saltan la ley desde hace décadas y las llamadas autoridades no la hacen cumplir, porque, al fin y al cabo, qué importancia tiene el ultraje a la bandera, si es la bandera nacional, por supuesto. Este es el contexto de desprecio a la bandera nacional aceptado y protegido por el progresismo en el que las acciones y gestos de ultraje o desprecio a la bandera nacional son innumerables, como cuando la portavoz de Junts Per Catalunya en el Congreso de los Diputados, Miriam Nogueras, apartó la bandera nacional de la sala del Congreso donde se disponía a dar una rueda de prensa. Dejó la bandera de la Unión Europea de la que dijo «Esta sí, que es muy chula», y apartó la nacional.

Hubo indignación ciudadana expresada en las redes sociales, pero ninguna indignación, todo lo contrario, en sus socios de la izquierda, de la autoproclamada mayoría progresista; tanto es así que la misma diputada repitió la historia en marzo de 2025, cuando hizo desplazarse a los periodistas del Congreso a otra sala para evitar la imagen de la bandera nacional en su declaración a los medios. Trate de imaginar de nuevo, querido lector, a un político de un partido democrático, aquí o en cualquier otro país europeo, quitando la bandera nacional de su país de una sala del Parlamento para dar una rueda de prensa.

O, mejor, trate de imaginarlo escondiendo una bandera autonómica. Porque esta es la gran contradicción del progresismo con las banderas, y es por ello que la izquierda calla o incluso defiende aquí y en otros países el desprecio a la bandera nacional, pero no el desprecio a la bandera de una autonomía o de un Estado federado, que eso sí les parece muy grave.

La ilegalidad y el desprecio hacia la bandera nacional se completa con la mentira constante, como es la de pretender ante otros países que esa bandera no existe o no representa nada en algunos territorios. Por ejemplo, desplegando ikurriñas en una competición deportiva internacional y anulando u ocultando la bandera nacional. Como en la primera etapa del Tour de Francia de 2025, que comenzó en España, en Bilbao. Ese día me acerqué a Bakio, un pueblo cercano al mío por donde iba a pasar el Tour, y donde pude comprobar la imposición habitual del nacionalismo, que, desde las instituciones, instó a llenar de ikurriñas todo el recorrido, para pretender comunicar al mundo a través de la retransmisión televisiva la mentira de que todos los vascos son nacionalistas y quieren la independencia. Ni una sola bandera nacional, y la consiguiente imagen retransmitida al mundo de que aquello, Bizkaia, no era España.

Y la manipulación viene de muy atrás y está estrechamente relacionada con el miedo, con el miedo de la izquierda, sobre todo. Lo conté en mi libro *10 razones para ser de derechas*, cuando recordaba lo que ocurría en aquellas grandes manifestaciones de la resistencia ciudadana antiterrorista en el País Vasco, en las que los socialistas se sentían incómodos con la exhibición de banderas nacionales. Los terroristas nos perseguían por defender la españolidad del País Vasco y nuestro derecho a ser españoles y a expresar libremente nuestra españolidad, y, sin embargo, la izquierda se incomodaba por la visión de las banderas nacionales. Por la libertad de exhibir y defender el símbolo de la nación española, el símbolo por el que querían asesinarlos.

Ese miedo a la bandera nacional se refleja igualmente en el intento de relacionar la bandera nacional con un supuesto uso partidista, de tal manera que el propio miedo a la bandera es justificado con una inculpación de otros partidos. Y es habitual así una denuncia como la que hacía un lector de *El País* en febrero de 2024, cuando ese lector, Ángel Moisés Durán, de Vigo, decía sentirse español, pero que había comenzado a recelar de la bandera, porque, argumentaba, «nuestra bandera está siendo utilizada y monopolizada por la derecha y extrema derecha como algo identificativo de sus ideas. La utilizan como arma arrojadiza contra quien no piensa como ellos, la están profanando». O que el culpable es el español que usa y reivindicla la bandera nacional y que pasa a ser sospechoso por reivindicar su propia bandera. Esta es la impresionante vuelta de tuerca que le da la izquierda a la bandera nacional y con la que justifica su crítica a esa bandera y su abrazo a las banderas de los nacionalistas e independentistas.

### *Las banderitas y las pulseritas*

¿Que usted, querido lector, protesta y denuncia lo anterior? ¿Que está indignado por el desprecio a la bandera nacional? Pues ya sabe la respuesta, es que es usted un facha, uno de eso fachas que lleva «la banderita» en la «pulserita». Así lo llaman, «la banderita de la pulserita», lo que jamás osarían llamar a la ikurriña o a la senyera. Porque el desprecio a la «banderita» es el desprecio y la ridiculización de lo español y del patriotismo español.

«No necesito ver la (bandera) española ni colgármela en una pulserita para sentirme de aquí», afirmó el cantante Víctor Manuel en una entrevista en 2018. A lo que añadió su ataque a los de las «banderitas»: «Seguramente llevan la banderita anudada hasta en el capullo, pero se la vemos en las corbatas, en

los collares de los perros, en pulseritas... toda esa cosa de las banderas es algo que detesto». «Banderitas hasta en el capullo», el concepto de Víctor Manuel de la bandera nacional. Porque eso que detesta es en exclusiva de la bandera nacional, no de las banderas autonómicas, ni mucho menos de la bandera republicana. Seguro que tampoco de la bandera comunista. Porque Víctor Manuel es un representante de la extrema izquierda simpatizante del comunismo, y del socialismo, cuando este es suficientemente radical. De hecho, en los últimos tiempos tuvo más repercusión su colaboración en la llamada campaña de la ceja en favor de José Luis Rodríguez Zapatero que su música, o, más recientemente, su firma de un comunicado de apoyo a Pedro Sánchez en pleno aluvión de evidencias de corrupción socialista.

Para el progresismo, la bandera nacional es el «patriotismo de la pulserita», mientras que las banderas de los nacionalismos más étnicos son respetables símbolos de sentimientos nacionales y legítimas reivindicaciones de un Estado propio. De ahí que sean incontables sus desprecios a la bandera a través del mensaje del «patriotismo de la pulserita». Diana Morant, la dirigente socialista valenciana y ministra, dijo en abril de 2025 en referencia al Partido Popular que «Esos falsos patriotas de pulserita que se les llena la boca de España, lo único que hacen es criticarla». O el portavoz del PSOE en el Congreso y antiguo presidente de esa institución, Patxi López, quien también llamó pulserita a la bandera nacional, cuando afirmó que «El sentido de Estado del Partido Popular empieza y acaba con la pulserita con la bandera de España que llevan».

El inspirador principal de todos ellos, sin embargo, ha sido un comunista, Pablo Iglesias, exvicepresidente del gobierno de Podemos con el PSOE, y que ya en 2013, en una conferencia en la Universidad de La Coruña, se refirió a «esos patriotas de pulserita roja y gualda que venden la soberanía a Bruselas. Ser patriota es defender los servicios públicos, ser patriota es

defender los derechos sociales». «Pulserita roja y gualda», un desprecio a la bandera nacional que jamás aplicaría este mismo comunista a la bandera de la República. Tampoco se le ocurriría negarla en favor de supuestos derechos sociales, o, simplemente, tampoco les parece mal sustituirla por otras banderas; todo lo contrario.

Es el cuestionamiento de la bandera nacional lo que explica el afán del progresismo por colgar banderas LGTBI en los ayuntamientos. Partidos que no mueven un dedo por la permanente ilegalidad de tantos ayuntamientos vascos han protagonizado grandes batallas políticas, sin embargo, para colocar banderas LGTBI en los balcones de los ayuntamientos. O, lo que es lo mismo, para sustituir el símbolo de la nación española por causas diversas, como es la causa LGTBI. Cualquier cosa antes de la bandera nacional, antes del patriotismo español y antes de la patria española.

En otros sitios, el progresismo ha ido incluso más lejos aún en su combate a la bandera nacional y al patriotismo. Como en Francia, donde numerosos ayuntamientos gobernados por socialistas o por la extrema izquierda de la Francia Insumisa sustituyeron las banderas nacionales de sus ayuntamientos por las banderas palestinas. O, también en septiembre de 2025, y en este caso en el enclave nacionalista de Córcega, unos desconocidos quemaron la bandera nacional y la sustituyeron por la de Marruecos. Nuevamente, la izquierda y el nacionalismo confluyendo en el desprecio y los ataques a la bandera nacional. Porque los nacionalismos étnicos y sus banderas o las causas de la izquierda y sus banderas son respetables, pero las banderas nacionales son despreciables.



## BATALLA DE LAS IDEAS

Esa batalla que hace la izquierda y niega a la derecha

*«Son las ideas, estúpido»*

Nunca me gustó mucho este concepto de la batalla de las ideas, sobre todo porque fue presentado como si fuera un nuevo descubrimiento, cuando era, simplemente, una forma de llamar al debate ideológico de toda la vida. Y es que algunos llevamos décadas destacando eso mismo que ahora muchos creen nuevo: la importancia esencial de las ideas, y, por supuesto, de las palabras que designan esas ideas. Pero aceptemos el cambio de nombre, para hablar de una cuestión muy vieja, la batalla de las ideas, que es también la batalla de las palabras, y que es la que da origen a este libro. Porque la izquierda siempre tuvo muy clara la importancia de las ideas y de las palabras, pero para ello contó con la inestimable ayuda de una derecha que ha tardado mucho en enterarse de esta obviedad.

Pedro Sánchez, como el resto de la izquierda, también lo tuvo muy claro, y, por ejemplo, en julio de 2024 dijo en la presentación de la nueva Fundación del PSOE, Avanza: «Las palabras importan, y mucho». En el mismo acto, Luis García Montero, director del Instituto Cervantes y conocido escritor comunista, afirmó que «La derecha quiere enfermar algunas palabras. Como libertad, que quiere separarla de igualdad y fraternidad para convertirla en la ley del más fuerte». «Enfermar»,

le llamaba el escritor a la pretensión de la derecha de definir las palabras y liderar las ideas. Lo que nos da una idea de su afán de monopolio.

Si ustedes se preguntan por qué manipula tanto y con tanta eficacia la izquierda, sepan que una de las respuestas está aquí, en su clara idea de la importancia de la llamada ahora batalla de las ideas. Así se entiende el asombroso uso del CIS para manipular las encuestas a favor del gobierno de Sánchez; o la manipulación de la RTVE, un medio público en el que los periodistas protestaban contra la propaganda del Gobierno durante los mandatos del Partido Popular, pero donde el gobierno de socialistas y comunistas ha manipulado con la aquiescencia y satisfacción de esos mismos periodistas.

En España, como en todas las democracias occidentales, la izquierda manipula mucho más y mucho mejor. Pero ¿cómo se va a oponer usted a este uso de los medios públicos para hacer propaganda, si lo hacemos en favor del progreso? ¿Es que rechaza usted el progreso? Pues es usted un reaccionario, usted quiere volver a la Edad Media. Y si a la manipulación del progreso le añades la del pueblo contra las élites, el trabajo de la justificación de la manipulación está casi hecho. De la clase trabajadora de Marx hemos pasado a que «los progresistas no nos vamos a rendir» a los «poderes que quieren condicionar la política de este país», palabras de Pedro Sánchez, pronunciadas con la misma falta de rubor con la que plagió la tesis doctoral, o con la que ha mentido un día sí y otro también. Marxismo fundido con populismo, que es la esencia de la izquierda española actual.

Pero todo lo anterior sería insuficiente si la izquierda no contara con un factor fundamental para manipular más y mejor, y es el dominio de los medios académicos, intelectuales y mediáticos. Por la sencilla razón de que la mayoría de personas en esos espacios sigue siendo de izquierdas. El World of Political Science 2019 de la Universidad de Harvard, con

encuestas a 2500 politólogos del mundo, constató que el 72 % era de izquierdas y que ese porcentaje se elevaba al 80 % en Estados Unidos. Y cualquier periodista sabe por experiencia que lo mismo pasa en los medios, aunque sea tabú preguntarlo, porque se supone que todo periodista es «independiente» de nacimiento. En ese ambiente, los progresistas se pasan el día hablando de la ultraderecha, pero de la izquierda a secas, o del antifascismo, pero no del anticomunismo.

E incluso allí donde los porcentajes están variando, los que se sienten minoría no se atreven a hablar. No hay más que recordar el ambiente de RTVE cuando se producían los llamados «viernes negros», en tiempos de los gobiernos de Rajoy. Aquello era como ser constitucionalista en Cataluña o el País Vasco, profesión de altísimo riesgo para los disidentes. Yo lo he vivido en ambos contextos, bajo el dominio nacionalista y bajo el progresista. Y puedo asegurar que te cortan profesionalmente el cuello a la misma velocidad, en nombre de la nación o del progreso, que lo mismo da para el progresismo.

He escrito en varios lugares y desde hace muchos años que las ideas cuentan, que las ideas son esenciales para entender qué ocurre en nuestras sociedades. En uno de mis artículos en *El Debate* recordé que el eslogan «Es la economía, estúpido» ha sido miles de veces repetido, desde que el asesor de Clinton la popularizara en las elecciones de 1992, cuando venció a Bush padre. Y no solo porque es un gran eslogan, sino porque concuerda con la mayoritaria visión economicista sobre el comportamiento de las sociedades. Y, sin embargo, creo que el comportamiento y las tendencias sociales se explican mejor en un libro mucho menos conocido que ese eslogan, aunque lo escribiera el gran Samuel Huntington junto a Lawrence Harrison, *Cultures Matters*<sup>4</sup>. Y que, traducido a eslogan, podría

---

4 Harrison, Lawrence E. y Huntington, Samuel P. (eds.) (2000), *Culture Matters*, Basic Books.

ser «Son las ideas, estúpido». Huntington lo ejemplificaba en una brillante introducción, «Las culturas cuentan», sobre las diferencias culturales determinantes del desigual desarrollo de Ghana y Corea del Sur desde los años sesenta, la historia de dos países que alcanzaron niveles muy diferentes de desarrollo a pesar de haber partido de condiciones muy semejantes.

Y sí, las culturas, los valores, las ideas cuentan, mueven a las sociedades, explican el devenir del mundo. También una buena parte de lo que ocurre en nuestro país. Explican por qué, por ejemplo, el Partido Popular perdió las elecciones en 2004, a pesar de la gran gestión económica de Aznar. Y por qué, de nuevo, una moción de censura de cuestionables bases éticas fue posible contra el gobierno de Mariano Rajoy, tras su gran gestión de la economía, sin que hubiera contestación social alguna. De ahí el papel central de la creación de ideas, en el periodismo, en la academia, en los espacios culturales, en los *think tanks*. Y en la política, que debe fundarse en la fortaleza de ideas, valores y principios, además de gestionar eficazmente para resolver los problemas y mejorar la vida de los ciudadanos. Porque no hay buena gestión sin buenos diagnósticos, y no hay mejor sociedad sin valores y principios.

La buena noticia es que la derecha, también la política, por fin ha entendido esto, y, además, está cada vez más volcada en la creación y debate de ideas. El liderazgo en la batalla de las ideas está cambiando, y eso tendrá muy buenas consecuencias para España y todas las democracias occidentales.

### *La izquierda quiere el monopolio de la batalla de las ideas*

Hay movimientos en el liderazgo de las ideas, pero no gustan nada a la izquierda, que era mucho más feliz cuando la derecha se ocupaba exclusivamente de la gestión. De tal manera que la derecha ganaba las elecciones en tiempos de crisis económica, pero las perdía cuando la economía iba bien. Por eso